

ACTUALIDAD III

LOS MITOS DEL RACISMO INDIGENISTA

*Lic. Edmundo Gelonch Villarino
Córdoba (Argentina)*

En Londres, Inglaterra, en plena City, una dirección concentra la Central de los pueblos mapuches. En el sur argentino y chileno, el mapuche era una especie de lengua franca por la que se entendían los diversos pueblos patagónicos: tehuelches, pehuenches, araucanos, ranqueles, «pampas» en general. Cada uno con su propio y diverso decir. Pero Londres ha impuesto la unidad cultural, lingüística y étnica, del imperialismo «mapuche».

Enlace Mapuche Internacional

6 Lodge Street
Bristol
BS1 5LR
Inglaterra
Tel/Fax: + 44-117-9279391
E-mail: mil@mapuche-nation.org

La Logia Anacl, allá en los años '60, en un folleto titulado «El Tercer Mundo en Acción», preveía la acción revolucionaria contra la agonizante civilización cristiana, mediante el uso de los pueblos autóctonos que aún perduran en ciertas zonas. Los planificadores olvidaron que entre argentinos, las únicas tribus más o menos solidarias, son las de Boca o River, Central y Ñuls, Talleres o Belgrano. Eso sí, solidarias... para adentro: como las otras tribus precolombinas, ferozmente enfrentadas entre sí.

La Doctrina Monroe de los yanquis, encubría también la pretensión de entrar en Hispanoamérica y dominarla progresivamente, imponiéndole la música primero el jazz, después el rock, las modas cinematográficas, los jeans, el chicle y las gaseosas, y las palabras copiadas de la jerga empresaria o comercial, etc., pero sobre todo las costumbres sexuales, el divorcio, el pansexualismo que culmina en frecuentes violaciones o en la pedofilia,

etc. Cuando un joven quiere representar a un indio, recurre a la imagen de los sioux o los apaches de Hollywood, porque tampoco sabe nada de los indios de nuestro territorio. Y cuando estemos casi completamente hechos al peor modelo norteamericano, estaremos a punto para renunciar definitivamente a la soberanía política que naturalmente se sustenta en la identidad cultural.

La ofensiva contra el 12 de Octubre como «Día de la Raza», hoy en el poder legislativo, encubre una serie de falsedades amañadas desde los centros de la Dominación cultural. Los argumentos que seducen la estupidez de las masas, han sido inventados y difundidos por el aparato esclavizador contemporáneo de los llamados «medios», y aprendidos servilmente por universidades y escuelas de todos los niveles, cada vez más despoblados de saberes auténticos y más plagados de ideologías engañosas. Es fácil comprobarlo.

El imperialismo cultural anglosajón, se impuso en la Europa de posguerra sobre millones de cadáveres, acusando al nazismo de buscar los objetivos que ahora resultaron ser de los Aliados –dominación mundial, dogmatismo político, pensamiento único, descristianización, experimentación genética, despojo de los pueblos «inferiores», etc., ¿qué monstruosidad del nazismo no ha superado la Democracia?–, y sigue inventando falsedades para rehacer la Historia a su conveniencia, tal como lo sabía Orwell al denunciarlo en «1984». Los contenidos de las carreras de Historia y de las asignaturas escolares cada vez menos tienen que ver con los hechos verdaderos ni con las verdaderas claves de interpretación: los criterios teológicos, antropológicos y morales que otorgarían cientificidad al conocimiento del pasado. Y el «hombre masa» que decía Ortega y Gasset, se lo traga todo. Y como *«vivimos bajo el brutal imperio de las masas»*, casi no quedan valientes capaces de disentir.

La «diversidad cultural». Si hay una evidencia directa, es que la Hispanidad es mestiza, multirracial; que combina –no siempre con coherencia– elementos de la Fe cristiana y costumbres precolombinas; el latín, el español, el quechua, el guaraní, y las lenguas del Altiplano, por sólo mencionar lo que se habla, o se hablaba hasta hace poco tiempo entre nosotros. Y observemos que, si alguna de ellas ha sido eliminada y perseguida en la segunda mitad del siglo XX, ha sido el Latín, por los mismos que impusieron la denominación de América «Latina» en vez de Hispanoamérica; y que

le sigue en rápida decadencia y desuso, el Castellano. Como que no son sustituidos por las «lenguas originarias», sino por el inglés y los variados «new – cocoliches», que limitan el número de ideas a intercambiar entre los jóvenes. ¿Quién conoce a los clásicos latinos y a los españoles de los siglos de Oro? ¿Quién entiende el «Martín Fierro» o las cartas de San Martín y Rosas? De hondos agujeros salen pálidos exiliados que, al menos, recuerdan su existencia, pero no pueden compartirlos, si no es con otros habitantes de las despobladas catacumbas argentinas e hispánicas. Sacando a ciertas tribus de las selvas bolivianas, casi nadie canta en latín la música clásica barroca, ni repite las catequesis en sus propias lenguas, en versiones de aquellos misioneros españoles. Pero se sigue enseñando que *«los españoles, al destruir las culturas originarias, persiguieron y prohibieron las lenguas aborígenes, imponiendo a sangre y fuego la lengua imperial, el español»*. La prueba estaría en que, si no es en español, no puede difundirse la propaganda antihispánica. ¿No sería más auténtico, que predicaran en sus lenguas aborígenes, tan superiores, según dicen?

Es como el mito de las razas, en su acepción biológica. *«Los cristianos europeos aniquilaron a los aborígenes, de los cuales apenas quedan reductos mapuches, wichis, tobas, y otros pocos»*. Y nos miramos a las caras, obviamente sin vernos: ¿somos todos rubios, pálidos y de ojos azules? ¿No hay entre nosotros morochos? ¿No predomina la belleza de la mujer de cabellos oscuros, ojos pardos y tez ligera o no ligeramente coloreada? Si rascamos bajo las tinturas, encontraremos unas cuantas «rubias» morochonas de rasgos aindiados, vociferando sobre el exterminio de los indios...

¿Qué argentino de hoy puede afirmar con certeza que no tiene algún antepasado indio? Será algún gringo puro recién llegado; pero ya verá, cuando en una o dos generaciones se le casen las hijas con criollos y aparezcan los nietitos mestizos... A pesar de la «discriminación racista» que usamos, según dicen... Y a juzgar por la indumentaria, los desnudos, las pinturas en la piel y los chirimbolos subcutáneos, las barrabruvas, los malones y las clines, ya estamos volviendo masivamente a revivir la indiada. Como lo programaron los indigenistas que nos vendieron el modelo.

Es que no vemos la realidad si no es en una pantalla, cinematográfica o de televisión. Pero no miramos en torno. ¿Qué país americano no es

mestizo, no cultivó prácticamente la igualdad racial mestizándose? ¿Dónde están los blancos puros que rehuyen la mezcla de sangres?

Si Doña Isabel la Católica proclamaba la igualdad racial y de derechos; si Don Carlos Primero se dirigía a los caciques de las Indias con el protocolo reservado a los reyes europeos; si los jefes y caciques de nuestras mínimas comunidades serranas era tenidos como nobles, exentos de impuestos y trabajos etc.; si los eclesiásticos (muchos de ellos mestizos) alentaban a los indios a casarse con mujeres europeas; si el fondo doctrinal de leyes y costumbres era el que dijo Alonso de Ojeda al desembarcar en las Antillas: «*Dios Nuestro Señor, que es único y eterno, creó el cielo y la tierra y un hombre y una mujer, de los cuales vosotros, yo y todos los hombres que han sido y serán en el mundo, descendemos*», como recuerda Ramiro de Maeztu, ¿de qué racismo hablamos?

Si, es verdad, en América existió racismo: el de los anglosajones que despojaron y exterminaron a los indios norteamericanos; el de los W.A.S.P. («blancos, anglosajones, protestantes») que siguen legislando contra los hispanos inmigrantes. Después de robarles territorios (Texas, Nuevo México, California, etc.) y de chupar tradicionalmente el fruto del trabajo mejicano, no se les quiere permitir compartir algo de la riqueza que producen. ¿Genocidio? Sí, lo hubo; pero en América del Norte: genocidio de pielrojas, como ahora genocidio de nonatos.

El mito de la raza, de las razas indígenas supuestamente exterminadas pero que están viviendo entre nosotros y en nosotros mismos, en nuestra sangre mezclada, intenta poner a la raza aborígen en el lugar de la religión, como valor unitivo. Se odia a Doña Isabel por ser «la Católica», como se odia al cristianismo en una falsificación del chamanismo y de la brujería.

Desde la ONU se propicia aquella «nueva religión universal, única y obligatoria», que anunciaba el P. Julio Meinvielle hace 40 años. Ahora se trata de adorar «la Tierra Pachamama», nuestro planeta «viviente» en la unidad del cosmos; organismo vivo dentro del cual la única célula loca que atenta contra «el todo», es el Hombre. Aquel hombre pecador que, en verdad, recibió la gracia de la Encarnación y así movió a la envidia y al odio de Satán. El Príncipe de este Mundo, el Enemigo, el Padre de la Mentira, hoy descarga su veneno contra el hombre, procurando el fracaso del Plan Divino de la Salvación, y tratando de impedir que «se complete el

número de los elegidos», cuando terminará esta Historia, cuando los santos hayan ocupado todos los lugares del cielo que se vaciaron con la Caída de los ángeles rebeldes. Cristo Rey es el único Libertador y Salvador de todo hombre: si no aceptamos la libertad de hijos de Dios, automáticamente quedamos en la esclavitud del Mundo y de su Príncipe, sin neutralidad posible ni «tercera posición». Y a esa esclavitud propende la ONU con los cultos nefandos de la demonolatría precolombina. Hoy, en Bolivia, siguen ofreciéndose sacrificios humanos a la Pachamama, bajo la mirada distraída del Estado democrático y multinacional, con un presidente que también preside ciertas ceremonias incruentas. El genocidio abortero que impulsa y paga la ONU, debe considerarse también entre los sacrificios humanos que se ofrecen, ritos de la Nueva Religión. Y se procuran difundir las prácticas sodomitas que denunciaban los misioneros ¿También se volverá a la antropofagia ritual?

Los autodenominados «antropólogos» hablan de «antropofagia *ritual*», como si el adjetivo «ritual» redimiera la monstruosidad del canibalismo; como si las fantasías delirantes de transmigraciones de almas, de poderes y energías, pudieran borrar la criminalidad de los banquetes antropófagos. Y no faltan sacerdotes (y algún párroco), que hacen rezar por el respeto a esos cultos originarios.

No sé si han vuelto los cuchillos de obsidiana, en tiempos de cirugías esterilizadas y de abortos químicos. Las sacerdotisas del Feminismo homicida lo incluirían en sus prácticas de prostitución ritual, acompañadas por sus imitadores homosexuales. Se entiende la exigencia de matrimonio sacramental entre maricas y lesbianas, porque el hombre –aún contrahecho– es naturalmente religioso, y si rechaza a Jesucristo y a la pureza de la Purísima, no por eso deja de necesitar el gesto cultural, aunque sea para ofrecer el sexo al Diablo.

Estamos ante la restauración del pasado precristiano. Lo que se odia en el 12 de Octubre es la llegada de Nuestro Señor Jesucristo a tierras de América, porque es el Único que puede arrebatarla a Satanás, y salvar los pueblos americanos, cualesquiera sea su raza. Como se odia a la madre de América, Isabel, porque no es «la rubia» o «la hermosa», sino «la Católica».

El mito del genocidio, siempre es deformado. Ciertamente, la población nativa de las Indias Occidentales disminuyó fuertemente, sin contar el

mestizaje. Pero la disminución comenzó mucho antes del Descubrimiento. Hoy, no es posible ignorar el exterminio de los mayas, de los olmecas, de los toltecas, etc. a manos de los aztecas genocidas y antropófagos, ídolos de la masonería y de la izquierda mexicanas: hasta Mel Gibson lo llevó al cine, aunque en versión suavizada, que elude las escenas de antropofagia. Tampoco se ignoran las feroces guerras que encumbraron a los Incas, ni se puede negar la devastadora marcha de los carios, desde el Atlántico a Bolivia, comenzada hacia 1430. Ni puede ocultarse la extinción, casi, de las tribus patagónicas a manos de las oleadas chilenas de araucanos «mapuches»; ni las constantes rivalidades de los grupos de habitantes comechingones y sanavirones de las Sierras de Córdoba y San Luís, —los más civilizados, o menos salvajes— que prosiguieron ensangrentando el territorio hasta su conversión al cristianismo.

Porque otro mito es el de la supuesta unidad de los aborígenes, como si los españoles hubieran encontrado a un solo pueblo, racialmente homogéneo y compacto a su llegada. No sólo eran etnias divididas y enemigas entre sí: también había entre ellos inmensas diferencias de nivel cultural, desde la barbarie nómada de los pampeanos y patagónicos, incapaces de fundar un solo pueblo o asentamiento, que exigiera trabajo (cultivos y pastoreos estables), hasta los mucho más organizados y hábiles habitantes del Tahuantisuyo, o los mexicas, capaces de erigir ciudades y templos, a pesar de la inhumanidad de sus costumbres.

Del mito de la «destrucción de las culturas originarias», más allá de la supresión de los sacrificios humanos, la esclavitud y la antropofagia, hoy no parecen haberse perdido grandes valores humanos naturales con la Conquista y la mestización, incomparables con lo adquirido mediante la Evangelización: ¿algo que se perdiera, podría ser comparado al valor humano y divino de la Redención por Jesucristo? Ningún valor finito sería comparable al Valor de lo Infinito. Ni valores humanos, como la unidad: sin la unidad religiosa, quedaría la diversidad de razas aborígenes. Negar el Catolicismo es puro racismo.

Y no se han de perder solamente almas, cuya internación en el Infierno no está a la vista. También se perderán realidades visibles, como las Naciones, así como se van destruyendo las familias. Divididas de la Hispanidad que las reunió por la Religión, la Lengua y la cultura, queda un

mosaico centrífugo, de Estados coloniales pugnando por asuntos secundarios, según sea el interés de los amos del Mundo que los dividen y hacen combatir, como quien mira las peleas entre las arañas y los icneumones. La Unidad es hispanoamericana, merced al ligamento católico. No hay unidad aborigen, porque nunca la hubo. Ni cultural, porque la «diversidad» terminaría reproduciendo aquel escenario previo al Siglo XVI, en el que las tribus vecinas no podían hablar ni entenderse entre ellas, y sus relaciones oscilaban entre la matanza y la rapiña de comidas.

La soberanía política va con la soberanía cultural, y el Poder político de nuestras naciones va con Hispanoamérica, su Religión Católica y su lengua castellana. Si no, estaremos juntados por los amos, atados con la misma cadena.